

De afectividades, desobediencias, rebeldías y emergencias

About Affectivities, Disobediences,
Insurgencies and Emergencies

Lorena González Fuentes*

Resumen

El artículo que se presenta a continuación se centra en las prácticas de resistencia y transformación de la realidad que se gestan en el subsuelo político, poniendo de manifiesto cómo en ellas se afirma y politiza la subjetividad y la afectividad. Además, se enfatiza en el planteamiento de que dicha politización no es un hecho aislado, sino que se vuelve un eje fundamental que posibilita la articulación de modos de asociatividad y alternativas colectivas contrahegemónicas.

Palabras clave: desobediencia, subjetividad, moral emergente, afectividad, resistencia.

Abstract

The article focuses on the practices of resistance and transformation of reality that are generated in the political underground, showing how they give rise to an affirmation and politicization of subjectivity and affectivity. Emphasizing that this politicization is not an isolated fact, but becomes a fundamental axis that makes possible the articulation of modes of associativity and counter-hegemonic collective alternatives.

Keywords: disobedience, subjectivity, emerging moral, affectivity, resistance.

* IDEA Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile, Chile, ORCID 0000-0002-6779-5552, lorena.gonzalez.f@usach.cl

A modo de introducción

El escrito a continuación se sitúa en el contexto latinoamericano actual. No aquel difundido a través de postales y busca exportarse a la opinión pública internacional, sino el que está determinado por la desigualdad, miseria, exclusión y negación sistemática de la alteridad, consecuencia directa de las políticas mundiales neoliberales que, amparadas en un discurso de democratización y libertades (puramente económicas y serviles a los grandes magnates transnacionales), se han viralizado por todo el globo imponiendo su ideología reduccionista y de restauración social (Tapia, 2008). Es el escenario de la globalización fragmentada (Subcomandante Marcos, 2003),¹ donde la acumulación por desposesión (Harvey, 2004) se ha vuelto el *modus operandi*: es el producto de la instauración y apogeo del neoliberalismo extractivista.²

A pesar de que el presente análisis podría establecerse no como algo contingente, sino como aquello que ha acompañado constitutivamente nuestra historia desde la invasión, saqueo y colonización europea en el año 1492, la reflexión propuesta se centra en nuestra actualidad —desde 1994 hasta hoy— en tanto hemos presenciado y participado del estallido de numerosas luchas y movimientos sociales cuyas características inéditas rompen con todas las categorías modernas y eurocéntricas que pretenden explicar el funcionamiento social, político y gubernamental en estas latitudes. Los pueblos de Nuestra América han vivido en crisis permanente. Es la tierra de las nadie, los sin rostro, cuya victimización no se relaciona con las faltas de privilegios que entrega el Estado benefactor (inexistente), sino con la imposibilidad de vivir humanamente.³

Por ello, aunque exista una tendencia a homogeneizar las manifestaciones contra el neoliberalismo que se han gestado a nivel mundial, hay que tener en cuenta que la rebeldía local no se inscribe dentro de las nociones de ciudadanía, participación democrática o indignación⁴ que en otros lugares se han propuesto (España, Wall Street, entre otros). Es decir, no se posiciona desde las demandas reformistas que le piden al gobierno vigente que

¹ Tal como diagnostica el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), al analizar la coyuntura actual, en la que paradójicamente, frente a la mundialización y ruptura de fronteras que el desarrollo tecnológico ha posibilitado, el poder económico agudiza las diferencias, desmembrando brutalmente la humanidad —único enemigo de esta cruzada.

² Respecto al funcionamiento y consecuencias del neoliberalismo extractivista, Ramón Gómez Mederos explicita, “La lógica operativa de este periodo de acumulación capitalista, configura un entramado de relaciones en todos los niveles y de todas maneras posibles. La implementación en Nuestramérica del neoliberalismo extractivista, supone la entrega sin prurito de nuestros territorios, la violación abierta a los derechos humanos, la enajenación y el saqueo de los bienes naturales que son de todos, la modificación sustancial de la matriz productiva y el derecho al trabajo, el uso intensivo de energía altera toda la estructura de distribución y generación de esta, la red de caminos para el saqueo modifica los territorios y avanza sobre lo que encuentra a su paso, la expansión de la frontera extractiva empuja a las poblaciones originarias a un éxodo hacia la nada, el uso intensivo de bienes hídricos en todas las formas del modelo, desde la megaminería, la foresto-industria, el monocultivo de la soja transgénica, la extracción de hidrocarburos, incluido el modo Fracking, y también la promoción de la venta al extranjero de agua dulce, nos presentan un panorama desolador a la hora de pensar el futuro” (Mederos, 2013: s.p.).

³ Enrique Dussel reposiciona a la vida humana en tanto modo de realidad del sujeto ético, devolviéndole relevancia al nivel material. “Por *humana* entenderemos la vida del ser humano en su nivel físico-biológico, histórico-cultural, ético-estético, y aún místico-espiritual, siempre en el ámbito comunitario” (Véase Dussel, 2006: 618). Vivir humanamente implica, entonces, poder producir, reproducir y desarrollar la vida. Todo sujeto al que se le niegue esta posibilidad íntegramente o en algunos de sus ámbitos, se vuelve víctima de la Totalidad.

⁴ Véase a Stephanie Hessel (2010).

respete sus derechos.⁵ La radicalidad de nuestras luchas no habla desde el concepto ilustrado ni se ampara en la legalidad; su hacer surge desde el hambre, la tristeza y la negación. La palabra latinoamericana emerge con violencia desde la frontera de lo silenciado, desde el cuerpo afectado.

Todo lo que excede y sobrepasa la política institucional se repliega y condensa en lo que Luis Tapia identificará como el “subsuelo político”; territorio conformado por lo que se oculta, se niega, desconoce y se vuelve irrepresentable. Este espacio crítico, en tanto laboratorio político de experimentación, engendra nuevas lógicas de prácticas alternativas de resistencia, crítica, organización y transformación. “En el subsuelo se ensayan los desbordes de la ley, los que fracasan y los que tienen éxito o logran modificar algún aspecto de la vida social y política” (Tapia, 2008: 105).

Aquí es donde se da, entre otros fenómenos, una politización de la afectividad y una afirmación de lo corpóreo. Se desvela que su reducción, olvido y menosprecio corresponde a una estrategia de dominación y disciplinamiento por parte de la “eticidad dominante”. Y en contraposición se construye, desde abajo, una “moralidad de la emergencia” (Roig, 2002: 107), la cual en vez de sostenerse en grandes abstracciones universalistas se gesta a partir de la aceptación de lo contingente y subjetivo, el cuerpo y su emocionalidad.

Así, el presente escrito propone una lectura sobre cómo estos elementos —la subjetividad, la afectividad y, de manera colateral, lo corpóreo— resultan ser un eje fundamental que posibilita la articulación de modos de asociatividad y prácticas colectivas, creativas y emancipadoras que se pondrán en marcha en nuestros movimientos sociales. Para lograrlo se distinguirán cuatro momentos, que son los que le dan el nombre al texto: el primero corresponde a una especie de diagnóstico y se vincula con las “afectividades”, cómo desde el sentir se constatan las injusticias cotidianas; luego viene la denuncia que se politiza en la “desobediencia”. Entonces, se dará paso a la “rebeldía”, como un movimiento de afirmación que desencadenará la visibilización de la resistencia, expresada, como momento final, en la “emergencia” de una moralidad de liberación.

Afectividades

La tradicional contraposición entre subjetividad y objetividad, razón y emoción, cuerpo y alma/mente, sentir y saber, está arraigada fuertemente en nuestro sentido común. A tal punto que cuando hablamos de aquello que nos humaniza o diferencia de los animales aludimos, sin dudar, a la racionalidad. Rara vez se recurre a la capacidad de empatía, la emoción, o, por ejemplo, la creatividad. Y cuando alguien osa hacerlo, se le mira con ternura o hasta con cierto menosprecio; en la tolerancia máxima se puede aceptar como recurso argumentativo, aunque difícilmente se establecerá como canon referencial.

Esta contraposición y descalificación, sin embargo, no es ingenua ni azarosa. La asunción incuestionable del desprecio de la sensibilidad y el cuerpo —todo aquello que se

⁵ Con esto no se pretende en ningún caso menospreciar o invalidar los levantamientos producidos en el Primer Mundo. Simplemente lo que se busca es evitar establecer una constelación argumentativa que centralice u homogeneice metiendo a todos los procesos “dentro de un mismo saco”. Son manifestaciones valiosas en sí mismas, precisamente por las diferencias que las gestan; son cualitativamente significativas y no serán más potentes o mejores por constituir una sola masa uniforme.

logra escabullir de las lógicas explicativas de la razón objetiva y que, entonces, conforma, más allá de toda normalización, lo subjetivo—, es absolutamente funcional a la dominación y despolitización encubierta que se propone desde la eticidad imperante. Al respecto, indica Roig,

La subjetividad se opone a la objetividad como lo particular a lo universal; que favorece conductas enfrentadas a las normas establecidas, así como a las costumbres y prácticas jurídicas vigentes, etc.; que expresa capricho frente a lo razonable, que es un principio de desorden; que encerrarse en ella es propio de ignorantes o de gentes de bajos niveles sociales que no tienen suficiente capacidad como para captar los valores de los intereses generales (Roig, 2002: 39).

La subjetividad se presenta, entonces, como un peligro, que puede llegar a desestabilizar lo existente. Ella rompe con la reproducción de las tradiciones. Por eso, se genera un discurso que la desprecia y establece la necesidad de educarla, restringirla, dosificarla; y, entonces, quien no sea capaz de lograrlo es inculto o posee cierta incapacidad para vivir en sociedad, pues no respeta ni comparte los valores de esta. La subjetividad es propia de lo femenino y de los niños, como continuará denunciando Roig (2002: 40), los indómitos por naturaleza y a quienes se les cataloga de débiles, histéricas, vulnerables, incontinentes. En fin, la serie de calificativos cotidianos con que se nos adiestra para que asumamos que el cuerpo, nuestro cuerpo y sus manifestaciones emocionales son propias de un nivel menos elevado de evolución y, paradójicamente, de desarrollo humano.

Deseable es la capacidad lógica, la abstracción, las conceptualizaciones asépticas, que no se han contaminado con la situación en la que son gestadas. Esas son las que pueden aspirar a la universalidad. El cuerpo es fuente de corrupción, deseos y necesidades, lo que nos acerca más a lo mundano animal y menos a lo ontológico divino. El cuerpo es una carga que debiésemos negar, es lo que no nos permite trascender; todo lo que él nos reclama es un estorbo, un padecimiento, una enfermedad: “La patologización de los deseos y de los impulsos [...] supone un proceso de satanización de la corporeidad” (Roig, 2002: 29). Esto se aplica no solo a la corporeidad individual, sino también al cuerpo social, donde cualquier movimiento que surja del colectivo es descalificado, considerándose como una sicopatía comunitaria.

A esto responde la ética del poder, y desde aquí se perpetúa en su posición. Aunque se propone a sí misma como el bien moral, destinado a velar por la satisfacción de la necesidades de la sociedad, excluye y niega a todo aquel que, en tanto víctima, tiene su vida castrada por un sistema que simplemente no quiere ver su dolor, su hambre, su padecer.

Así, este discurso se revela como contradictorio pues, por una parte, instituye dicho logos que pretende cierta objetividad alejándose y negando cualquier afectividad que pueda empañarlo. Pero, por otra, trabaja sobre los cuerpos, con sus emocionalidades y temples.⁶ Las injusticias cotidianas se imponen corporalmente, juegan con el miedo y el dolor, con la intimidad: solo así domesticar y deshumanizan.

⁶ Si bien se está al tanto que en la tradición filosófica existen análisis donde se aborda de manera diferenciada la noción de “temple”, “emoción” y “afecto”, dichos términos serán utilizados de manera indistinta. Se asume que un análisis profundo de estas distinciones potenciaría un discurso como el aquí presentado, pero en función de la extensión y optando por relevar otros nudos argumentativos que aquí se presentan, tal

La perversidad del sistema se evidencia en el análisis aséptico del político o especialista que se propone a sí mismo como objetivo, racional, necesario y universal, sostenido en la implementación de lógicas represivas sobre la subjetividad.

Jorge Millas dice que “el sentimiento de nuestra existencia es el único patrimonio inalienable que poseemos” (Millas, 2009: 55). He ahí la razón del éxito de la estrategia dominante. La persuasión, más que establecerse a nivel intelectual, se hace desde los sentimientos, lo “inalienablemente humano”. Entonces los modos de objetivación con los que opera se destinan a generar inmovilidad a través de la tristeza y el resentimiento. El resentido, agrega Millas que “nada acata, admira ni apetece, es sencillamente el hombre que, al no necesitar cosa alguna, carece también del futuro, cañamazo sobre el que el hombre teje y desteje su existencia” (2009: 54).

De este modo, la naturalización del neoliberalismo, el mito de que es un hecho objetivo que debe ser así y no puede ser de otro modo, se sostiene en el estancamiento de la capacidad de creación y transformación. Entonces nos resulta más fácil creer en el fin del mundo que en la construcción de uno diferente. Nos resignamos a la imposibilidad de lograrlo. La tristeza tiene entonces consecuencias políticas: nos sume en la impotencia, en la melancolía, castrando toda imaginación, sueño y deseo.

Mas a pesar de la planificación y astucia con que se llevan a cabo estos dispositivos de subordinación, siempre existen grietas, efectos colaterales que en el margen se empiezan a aglutinar. La opresión trae consecuencias, donde “Es el dolor el comienzo de la creación, de lo nuevo” (Dussel, 2006: 366). El mismo cuerpo que es negado es el que insta al oprimido a emanciparse. Él es quien en base al sufrimiento diario busca espacio de liberación, clama por ella. Como menciona Fanon,

Por eso sus sueños son sueños musculares, sueños de acción, sueños agresivos. Sueño que salto, que nado, que corro, que brinco. Sueños que río a carcajadas [...]. Durante la colonización, el colonizado no deja de liberarse entre las nueve de la noche y las seis de la mañana (Fanon, 2009: 45-6).

Conjuntamente a la tristeza y resentimiento que se mencionaban, la exclusión y miseria generan un temple que concientiza mucho más eficientemente que cualquier teoría o dogma, porque trabaja desde la afectividad más primaria, desde el impulso de vida que es coartado. Entonces, pone en movimiento. Tal vez por eso mismo siempre se nos ha enseñado a inhibirlo, a temerle, a transmutarlo. Es el odio, el temple de la insurrección:

Somos conscientes, pero no gracias a los libros y documentales [...] sino que somos conscientes con el solo vivir cotidiano, porque este nos ha generado el odio que se traduce en la espontánea revuelta antisocial, en los actos insurreccionales e individuales, y en todo acto subversivo en medio de esta guerra social (Algunxs antisociales salvajes, 2012: s.p.).

problemática no será desarrollada en este escrito —lo que no menoscaba la posibilidad de realizarlo en futuros textos.

Desobediencia

Frente a las constataciones sobre el funcionamiento de la coerción desacatan los imperativos éticos que pretenden des-afectar la realidad. Se abrazan las necesidades insatisfechas y, desde el *conatus* de preservación del ser, se actúa con ira, odio y violencia. Al respecto Glauber Rocha menciona: “El comportamiento exacto de un hambriento es la violencia, y la violencia de un hambriento no es primitivismo. Una estética de la violencia antes de ser primitiva es revolucionaria” (Rocha, 1965, s.p.). Y por su parte Fanon indica que “el colonizado descubre lo real y lo transforma en el movimiento de su praxis, en el ejercicio de la violencia, en su proyecto de su liberación” (Fanon, 2009: 51).

La desobediencia materializa la denuncia de un sistema victimario. Es un movimiento de transgresión, de cuestionamiento, de ruptura. La Totalidad se quiebra, al menos para quien toma conciencia de su opresión, y se abandona la ilusión de que ella sea un garante de bondad. Es despreciada su estabilidad anquilosada, su eticidad perversa, su objetividad corrosiva, sus valores segmentadores. Se asume entonces la opción de una existencia corrompida. La revitalización y rehumanización vendrá del desenfreno, la crítica, las subjetividades corruptas, las pasiones y emociones desmesuradas. Se desobedecen las normas y se cuestiona lo vigente; así se politizan los templos tales como el resentimiento y la tristeza. Quedarse en ellos es complicidad con el poder que se ejerce sobre nosotros, y resignificarlos lleva a usarlos como generadores de potencia constructora, como catalizadores de un poder humano espontáneo y creador. Sobre la necesidad de esta reapropiación del poder, los situacionistas argentinos mencionan

¡Claro que el poder entristece! Pero, por eso mismo, la política en proceso desobedece, se reintegra en la propia potencia (por mínima que sea). Si la tristeza es ante todo interrupción del proceso, no cabe entonces el victimismo, que es un modo de acomodarse en ella. La tristeza no es solo política del poder, sino —y sobre todo— la circunstancia en que las políticas del poder adquieren poder (Colectivo Situaciones, 2007: s.p.).

La desobediencia lleva a reencontrarse con la subjetividad propia, la de los negados, poniendo de manifiesto que lo que se propone como objetividad no es más que una subjetividad particular (de los opresores) que se han vuelto ley; pero que, en el fondo, no es distinta a la mía, no es mejor ni tampoco corresponde a una categoría trascendental incorruptible. Su generación fue situada y busca idealizar valores convenientes a la permanencia de los beneficios de unos pocos y a costa de la no realización de la vida de muchos y muchas. Como menciona Roig,

La subjetividad, la loca de la casa, y con ella la moralidad, impulsada por una “libertad infinita”, es decir, irracional, es felizmente frenada y contenida por el derecho que con su poder coercitivo pone las cosas en su lugar. Surge de este modo aquella “eticidad” superadora, “eticidad del poder”, espíritu mismo del Estado en donde reina la razón y, por tanto, lo universal (Roig, 2002: 8).

Es necesario entonces construir una eticidad nueva, que deje de ser inmoral. Desde una vereda distinta a la de la ética del poder, esta articulación se sitúa en el terreno de la

moralidad, la cual, al igual que la subjetividad, había sido subyugada por los valores imperantes, desvelándola como prescindible pues en la abstracción de la eticidad se encuentra contenida. Pero, como indica nuevamente Roig, “La eticidad lleva al plano de lo universal a la moralidad con lo que de hecho no la asume sino que simplemente la anula en cuanto poder de emergencia” (Roig, 2002: 9).

La moralidad es la instancia donde se pueden recomponer las dinámicas de creación humana, ahí donde no solo existe la negación y oposición a lo imperante, sino también un proyecto nuevo en potencia. La moral es el espacio de sospecha frente a la inmoralidad de las abstracciones. Ni el Estado hegeliano, ni la intencionalidad husserliana, ni el velo de la ignorancia de Rawls, ni ningún universal; nada de esto articula su emergencia. Su punto de partida es la vida humana en su existencia fáctica y por ende corpórea, situada geopolíticamente, afectada por la realidad que la circunda. Su temple es escéptico, crítico, de protesta e insurrección. Por eso, por ser un espacio de quiebre y no por otras “nobles” razones, ha sido un espacio de control y represión. La moralidad hace historia, es el espacio donde el hombre y la mujer natural pueden encontrarse y desplegar su eticidad, su naturalidad. Como indica Roig, “un ‘ser humano natural’, hombres y mujeres, que si son ‘naturales’, únicamente lo son por su capacidad de ejercer su modo de historicidad, no son ‘naturales’ sin potencia de historia [...] sino por ser capaces de irrupción” (2002: 226).

Rebeldías

A partir de la desobediencia y tras desenmascarar que el del carácter verdaderamente psicopático es el sistema ético hegemónico, la acción inmoral se vuelve lo más humanitario. El imperativo moral está en ser antiético, transgredir los cánones impuestos y desde allí construir algo nuevo, tal como enfatiza Roig:

¿Acaso no está detrás de la emergencia ese impulso que se encuentra metido en la sangre de nuestros pueblos, de construir una morada, de darle forma a una eticidad que no sea de exclusiones y violencia? Frente a la moral del egoísmo racional y de sus cultores académicos o simplemente prácticos, nada mejor que ejercer el inmoralismo (Roig, 2002: 52).

La rebeldía entonces va más allá de la mera desobediencia —aunque se sirve de ella, en tanto semillero de una resistencia propositiva—; se articula, se cuestiona, se transforma en prácticas de resistencia. Desde el subsuelo surge resistencia en los márgenes, en la exterioridad, “desde abajo”, en espacios donde el poder no tiene presencia o efectividad. Son territorios que se toman para ser liberados para desde allí construir, valga la redundancia, la liberación. Son instancias determinadas por las disposiciones afectivas, espacios de subjetividad, y por ende peligrosos, contestatarios al sistema de autómatas. Dice Marcos,

Un elemento fundamental es la capacidad de resistencia del agredido, la inteligencia para combinar formas de resistir, y, algo que puede sonar “subjetivo”, la decisión de los seres humanos agredidos [...]. Y no me refiero a la cantidad de trincheras, armas, trampas caza-bobos y sistemas de seguridad (que son, sin embargo, también necesarias), sino a la disposición (la “Moral” dirán algunos) de esos seres humanos para resistir (Subcomandante Insurgente Marcos, 2001: s.p.).

“Y por fin hemos aprendido que el poder no es —para nada— el lugar político por excelencia. Como decía Spinoza, el poder es el lugar de la tristeza y de la impotencia más absoluta” (Colectivo Situaciones, 2003: s.p.). La resistencia se gesta en construcciones subterráneas, y estas no hacen política en términos convencionales, no consideran la toma del poder estatal como garantía del triunfo ya que no quieren reproducir las prácticas miserables de un poder desgastado.

En esos lugares de construcción los sujetos se encuentran y se potencian. Dejan de lado la resignación y estancamiento⁷ y dan paso a la posibilidad, a la alternativa de la liberación, no como un ideal utópico a alcanzar cuando las condiciones materiales, políticas y sociales lo permitan, sino a la liberación en la reapropiación de la vida. Buscar su preservación, resguardarla, pero no para sobrevivirla, sino para desplegarla en su humanidad. Es la vida del sentimiento, de las necesidades, del encuentro con otros hombres y otras mujeres moralizados con quienes se construye una identidad que encarna un cuerpo colectivo, que, en tanto tal, es afectivo, conflictivo, artífice protagonista de sí mismo y su realidad.

Roig invita a que “Reconstruyamos la historia capitalizándola como haber propio, de modo inteligente y, a la vez, serio y creador” (Roig, 2002: 260). Y así lo asume la rebeldía. Se construye desde la novedad, politizando la cotidianidad, volviéndola fuente de creación y empoderamiento, convirtiéndola en un proyecto emancipatorio que afirma al pueblo en su rol de agente histórico. Es el lugar del contrapoder, expresado en el poder hacer con otros, enredados, rearticulando a pulso un tejido comunitario. Y juega con el poder obsoleto, lo engaña, desempeña roles que le permiten mantener resguardado el espacio de los saberes y haceres otros. La rebeldía se afirma en un resistir muchas veces clandestino, en los espacios silenciados pero que expande su autonomía contagiosa. Como propone el Colectivo Situaciones,

En estos espacios de encuentro los dominados exhiben un discurso público que consiste en decir aquello que los poderosos quieren oír, reforzando la apariencia de su propia subordinación, mientras que —silenciosamente— se produce, en un espacio invisible al poder, un mundo de saberes clandestinos que pertenecen a la experiencia de la microresistencia, de la insubordinación (Colectivo Situaciones, 2003: s.p.).

Emergencias

En la gestación colectiva, en reconocimiento y valoración de su subjetividad, atención a sus necesidades y reapropiación corpórea afectiva, la víctima deja de ser otro fragmento desperdigado en el rompecabezas mundial. Ya no es propiamente el hombre o mujer natural martiano quien, como menciona Roig, simboliza ese nivel primario de moralidad desde el cual se pone en movimiento el proceso de reformulación de la eticidad, es decir, de liberación (Roig, 2002: 227). Desde que recupera su fuerza creadora se vuelve sujeto de emergencia, despertando de su ocultamiento y denunciando la opresión.

⁷ A modo de arenga Arturo Roig plantea “¿Vamos a dejar llevarnos por aquel desencanto y vamos a resignarnos a vivir en los resquicios que dejaría eso que llaman ‘globalización’? ¿Nos plegaremos al discurso resignado, conformista y, en muchos casos, oportunista y hasta cínico de aquellos que han bajado los brazos porque en este mundo ‘fragmentado’ vivir el desencanto es saludable?” (Roig, 2002: 260).

Es preciso hacer hincapié en que tal planteamiento no busca volverse una abstracción como todas las anteriores que se habían criticado. El sujeto de la emergencia no es un sujeto trascendental, tiene una raigambre concreta, fáctica. Es un sujeto con otros y otras, colectivo, a quien le antecede lo que ya hemos aludido, su subjetividad, afectividad, necesidades, etc. “El colonizado, el subdesarrollado son actualmente animales políticos en el sentido más universal del término” (Fanon, 2009: 73), de esa política entendida como potencia y resistencia, como denuncia y anuncio en construcción. En esto radica la “emergencia” de su subjetividad. Al respecto continúa Roig:

Esa consistencia y esa movilidad relativa de las necesidades de las que estamos hablando, les permite precisamente funcionar como un *a priori* desde el cual los necesitados irrumpen en la historia y quiebran las formulaciones éticas opresivas (Roig, 2002: 130).

La idea del *a priori* es relevante. Para el filósofo mendocino el *a priori* antropológico parte de la crítica de la razón impura y evita la contraposición entre sujeto nouménico y fenoménico. Es la asunción del sí mismo como valioso, como digno de ser pensado y considerado,preciado en tanto debe tenerse en cuenta su humanidad. Es lo que posibilita el empoderamiento, lo que permite que queramos mantener nuestra vida de un modo humano y denunciemos, para transformar, la victimización cotidiana. El *a priori* antropológico afirma la subjetividad situada y le devuelve el valor a la afectividad:

La comprensión de la vida humana como empiricidad o existencia fáctica, facilita la superación de la contraposición conciencia mundo, así como abre las puertas para una presencia de la corporeidad a través del universo complejo de los impulsos, superados los prejuicios kantianos que veían en ellos manifestaciones patológicas (Roig, 2002: 32).

Desde aquí se articula la moralidad de la emergencia, como una construcción alternativa a la ética deshumanizante del poder. Se erige sobre el *conatus* de preservación de la vida y el *a priori* antropológico; una emergencia “a aquel impulso tanto emocional como racional, aquel conatus, aquel ponerse a sí mismo como valioso, entendido siempre como acto comunitario (Roig, 2002: 46). La emergencia está impregnada de denuncia, ira, transgresión. Pero también está preñada de expectativas, deseos, esperanza y utopía. Parafraseando a Roig, es un saber práctico-moral que pretende meter sangre en sus ideas (2002: 20). Y, para ello, abraza sus contradicciones, buscando nuevos modos de constituirse, más allá de los cánones habituales, lejos del resguardo de la lógica abstracta. Es irrupción desenfadada, es violencia creadora. Como dice Glauber Rocha,

Esa violencia con todo, no está incorporada al odio, como tampoco diríamos que está relacionada con el viejo humanismo colonizador. El amor que esta violencia encierra es tan brutal cuanto la propia violencia, porque no es un amor de complacencia, sino un amor de acción y transformación (Rocha, 1965: s.p.).

La emergencia se vuelve palabra que nombra constituyendo, representando lo nuevo. En el decir creamos, damos realidad a eso que soñamos, verbalizamos lo que sentimos, nos apropiamos del mundo nombrado. Por eso la emergencia necesita decir su palabra, explicitar su pensamiento,

Un pensamiento a cielo abierto, que nace y crece y siente cerca de los espacios de las resistencias. No cabe en academias ni en oficinas calefaccionadas/refrigeradas, y no depende de presupuestos. Si es de verdad, si es sincero y comprometido, pone el cuerpo junto a las ideas y los razonamientos (Zibechi, 2011: s.p.).

A partir de esto se recrea y reinventa entonces la moral y la política, con nuevas exigencias y desafíos, acordes y fieles a sus espacios de gestación, alejados de la politiquería y demagogia incompetente. Son saberes comprometidos con su hacer. Una ética y política que ponen el cuerpo, como exige Raúl Zibechi, (s/n), quien también añade:

La ética necesita un lugar otro para echar raíces y florecer. Y ese lugar es abajo y a la izquierda, allí donde ha ido naciendo otra manera de hacer política, donde la palabra está anudada a la vida y la vida son hechos contundentes, ni grandes ni pequeños, sino los hechos de todos los días de los de abajo (Zibechi, 2011: s.p.).

Consideraciones finales

Más que construir certezas absolutas que concluyan de manera acabada con esta exposición, las consideraciones finales buscan, a modo de síntesis, poner de manifiesto un par de elementos que aquí han sido desarrollados y que abren líneas praxiológicas de análisis y reflexión.

En primer lugar, la afirmación que más allá de lo que desde el poder hegemónico institucionalizado se proponga, existen otras maneras y espacios de práctica política transformadora. Estas poseen lógicas diferentes, críticas de lo que ha sido disfrazado de neutralidad por el poder para lograr su implementación y naturalización. Por ello, en estos lugares subterráneos se visibiliza cómo el despojo de nuestro cuerpo y emocionalidad es funcional a la opresión. Es decir, la aceptación de que lo subjetivo y lo corpóreo es algo “inferior” —voluble, corrompible y, por lo mismo, poco fiable— no es casual ni tiene que ver con una evolución en el desarrollo de la cognición humana. Al contrario. El desprecio y la necesidad de anestesiar nuestras emociones es una estrategia para facilitar el funcionamiento del modelo y, así, perpetuarlo. A través de esta domesticación lo que se consigue es la castración del despliegue de las capacidades humanas; se inhibe el poder-hacer, el poder-crear de modo tal que el único “poder” que tiene lugar es el de la *potestas*, el poder-sobre que opera en base a la estimulación de la tristeza e impotencia. Todo ese ejercicio de adiestramiento en pos de la mansedumbre de mujeres y hombres se sostiene avalado por la eticidad dominante.

De manera secundaria, así como se desvela el ejercicio de sometimiento solapado del poder, se constata además que la afectividad y subjetividad son principio de desorden, y, por lo mismo, capaces de romper con lo tradicional hegemónico. A partir de esto, la desobediencia se vuelve un movimiento de denuncia que, en la medida que se colectiviza y organiza, gesta rebeldía y se vuelve resistencia. Incuba el anuncio de lo nuevo cuyo eje de construcción se encuentra en afirmar lo más propio: la vida humana, lo corpóreo, lo emocional y lo material. Desde allí es posible reapropiarse de la capacidad de creación usurpada y construir, en oposición a la alienante ética del poder, una moral de la protesta

que emerge fomentando la gestación de un modo de vida diferente, más digno y que permita el desarrollo integral de hombres y mujeres.

A partir de estos aspectos y sus posibles implicancias, cabría preguntarse —a modo de provocación o de final abierto— cuál es el rol que las ciencias sociales, la filosofía y las humanidades tienen —o no— en la visibilización de esos saberes rebeldes y clandestinos. En qué medida es posible forjar una reflexión, una política, una pedagógica que sean intrínsecamente morales. Que apuesten por el cuerpo, la afectividad y la materialidad humana. Que unan y generen redes de convergencia entre esos “abajos”, los subsuelos, donde la imaginación se vuelve un elemento constitutivo de la realidad, mediada por la construcción de una utopía, en la que el derecho a soñar se vuelve inalienable. En palabras de Marcos: “Hacer de la palabra bisturí y megáfono es ya un desafío descomunal” (Subcomandante Insurgente Marcos, 2003: s.p.).

Bibliografía

- Algunxs antisociales salvajes. (2012). *Por la propagación y el contagio masivo del odio* [en línea] Disponible en: www.hommodolars.org (consultado el 17/4/2014).
- Colectivo Situaciones. (2007). *Polítizar la tristeza*. [en línea] Disponible en: www.nodo50.org/colectivosituaciones/borradores.htm (consultado el 17/4/2014).
- . (2003). *Sobre el militante investigador* [en línea] Disponible en: www.eicpc.net/transversal/0406/colectivosituaciones/es (consultado el 17/4/2014).
- Dussel, E. (2006). *Ética de la Liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid: Trotta.
- Fanon, F. (2009). *Los condenados de la tierra*. Tercera reimpresión. México, D.F.: FCE.
- Gómez Mederos, R. (2013). “La lógica operativa del neoliberalismo extractivista. Vínculos no convencionales” [en línea] Disponible en: <http://argentina.indymedia.org/news/2013/10/848569.php> (consultado el 17/4/2014).
- Harvey, D. (2004). *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.
- Hessel, S. (2010). *¡Indignaos!* [en línea] Disponible en: <http://www.profesionalespcm.org> (consultado el 1/11/2016).
- Millas, J. (2009). *Ideas de la individualidad*. Santiago: Ediciones UDP.
- Rocha, G. (1965). *Estética del hambre* [en línea] Disponible en: http://70.32.114.117/gsd/collect/revista/index/assoc/HASH0655/a0523bfd.dir/r41_14nota.pdf (consultado el 1/11/2016).
- Roig, A. (2002). *Ética del poder y moralidad de la protesta. Respuestas a la crisis moral de nuestro tiempo*. Mendoza: EDIUNC.
- Subcomandante Insurgente Marcos. (2003). *¡Oxímoron! (la derecha intelectual y el fascismo liberal)* [en línea] Disponible en: <http://palabra.czln.org.mx> (consultado el 1/11/2016).
- Tapia, L. (2008). *Política salvaje*. La Paz: Bolivia.
- Zibechi, R. (2011). “La ética necesita de un lugar otro para echar raíces y florecer”. En Villoro, L. *Subcomandante Insurgente Marcos y Raúl Zibechi. Intercambio Epistolar entre ética y política* [en línea] Disponible en: www.revistarebeldia.org (consultado el 1/11/2016).

* * *

VERSIÓN ORIGINAL RECIBIDA: 05/12/16

VERSIÓN FINAL RECIBIDA: 20/07/17

APROBADO: 27/10/17